

**Universidad Miguel Hernández de Elche**  
**Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas de Elche**  
**Titulación de Periodismo**

**Trabajo Fin de Grado**  
**Curso Académico 2017-2018**



**La India en mi mochila**

*The India in my backpack*

Alumno/a: Miguel Ángel Alberola Sánchez

Tutor/a: Miguel Ors Montenegro

## **RESUMEN**

Este trabajo es el relato de un viaje que comencé en Bombay el 15 de febrero del 2018 y terminé tres meses después en Nueva Delhi. Contiene seis historias basadas en mis propias experiencias y anécdotas vividas en la India desde mi particular punto de vista. Cada uno de los relatos describe una anécdota en la que se va descubriendo los distintos aspectos sociales que he ido conociendo y al mismo tiempo asimilando del país hindú. Los viajes en tren, las carreteras impracticables y las innumerables personas que he conocido conforman estos relatos que han ido tomando cuerpo a base de fotos y apuntes en mi libreta. He visitado junto con mi compañero Miguel más de cincuenta ciudades de la India, haciendo noche en cuarenta de ellas y atravesando nueve estados hindús.

## **PALABRAS CLAVE**

India, hindú, viaje, coche, tren.

## **ABSTRAC**

This work is the story of a trip I started in Bombay on February 15, 2018 and ended three months later in New Delhy. It contains six stories based on my own experiences and anecdotes lived in India from my particular point of view. Each one of the stories describes an anecdote in which one discovers the different social aspects that I have been knowing and at the same time assimilating from the Hindu country. The train trips, the impassable roads and the countless people I have met make up these stories that have taken shape based on photos and notes in my notebook. I have visited more than fifty cities in India together with my companion Miguel, spending the night in forty-one of them and crossing nine Hindu states.

## **KEY WORDS**

India, hindu, travel, car, train.

## ÍNDICE

### 1. INTRODUCCIÓN Y JUSTIFICACIÓN DEL TRABAJO

### 2. MATERIAL Y METODOLOGÍA

### 3. RELATOS

#### 3.1. Despedida de soltero

#### 3.2. Gentlel class

#### 3.3. Bhubaneshwar, ciudadanos romanos

#### 3.4. La familia Baraly

#### 3.5. Maruti Suzuki

#### 3.6. El valle de las flores

### 4. CONCLUSIÓN

### 5. BIBLIOGRAFÍA

### 6. ANEXO

#### 6.1. Anexo I: Ciudades donde he pernoctado

## 1. INTRODUCCIÓN Y JUSTIFICACIÓN DEL TRABAJO

En septiembre de 2017 la empresa donde había trabajado durante doce años tomó la decisión de despedirme. En ella, había ejercido como representante de los trabajadores ocho años y cuando en 2016 se convocaron de nuevo elecciones sindicales tomé la decisión de no volver a presentarme. En mi opinión ningún cargo representativo, sea político o sindical, debería estar en el cargo más de dos mandatos y no quería convertirme en otro cínico más. Craso error el mío y desde el primer momento sufrí constantes provocaciones por los mandos intermedios de la empresa hasta convertirse en un sutil acoso laboral y catorce meses después fui despedido fulminantemente.

Desde ese momento empezó a rondarme la idea de viajar y fue mi amigo Miguel quien me propuso realizar un viaje de mochilero por la India durante tres meses. Al volver del país asiático fui a visitar al profesor Miguel Ors Montenegro para poner en marcha un nuevo proyecto para el trabajo final de grado, llevaba tres años y tres proyectos inacabados a causa de mis problemas personales y era el momento de terminar la carrera.

Le conté al profesor que había hecho los últimos meses y me propuso realizar el trabajo enfocado en mi viaje. Contaba con abundante material gráfico, dos libretas llenas de apuntes y hasta había hecho una pequeña entrevista.

En mi afán por tener mi propia visión de los lugares del mundo que he visitado no acostumbro a leer ni ver ningún documental sobre el país al que voy. Los autores me parecen demasiado benévolos y hasta pelotas, no iban a ser menos con la India. Prefiero informarme a la vuelta y así poder constatar lo que leo con lo que he visto. La ruta fue trazada con la única ayuda de la Looney Planet y dejé que los imprevistos terminaran de construir un viaje lleno de sorpresas.

“La India en mi mochila” son seis relatos cortos en el que, en cada uno de ellos, a través de una anécdota, cuenta la vida cotidiana de los habitantes de este gran país asiático. De buenos hindús y otros no tan buenos, de gente corriente que no es tan distinta en sus gustos y manías a los europeos. De cómo la globalización no respeta ningún rincón del planeta y el sistema capitalista triunfa en las mentes de los jóvenes hindús.

Mi amigo Dipankar y su guitarra, su padre médico, los viajes en tren, un pequeño rey de la droga, conductores de auto ricksaw, la compra de un viejo coche... entre todos conforman este trabajo tan particular y que, sin intentar herir sensibilidades, cuenta una realidad distinta a la que te puedas encontrar leyendo en una web de viajes.



## 2. MATERIAL Y METODOLOGÍA

Para llevar a cabo el trabajo final de grado se ha utilizado una metodología sobre todo basada en el trabajo de campo, donde la herramienta principal ha sido la observación.

El material que utilicé fue una libreta, un bolígrafo, una cámara fotográfica y una grabadora en la que se han ido recogiendo todos los detalles del viaje. Durante la realización del mismo fui anotando todos los nombres de las ciudades que he visitado y los nombres de las personas con las que entablé una conversación.



### 3. RELATOS

#### 3.1. Despedida de soltero

Era mi turno y me acerqué al mostrador de aduanas convencido de que no iba a tener problemas. Un hombre de unos cincuenta años me hizo un gesto para que me acercara y le enseñara la documentación, un minuto después estaba inventando el nombre de un hotel de Bombay donde supuestamente me iba a alojar. Primera lección aprendida en la India, no importa lo que pongas en el formulario de entrada y completa todas las casillas, los funcionarios hindús no están para que venga un turista y les complique la vida.

Taxi al barrio de Colaba y a buscar pensión, son las tres de la madrugada y cuento dos perros, un mono y un gallo algo despistado durante nuestra búsqueda. Dos chicos reclaman nuestra atención desde el tercer piso de un edificio y nos preguntan de donde somos, pero mi compañero les pide alojamiento y nos ponemos a negociar el precio a viva voz. Los gritos hacen que cuatro chicos salgan de un comercio y se acerquen preguntándonos otra vez de donde somos y nosotros que si una cama que ya hablaremos mañana. Finalmente les decimos que somos españoles y uno que parece el dueño del puesto le hace una indicación a otro para que nos guíe a una pensión. Mientras, los del balcón lanzan vítores a favor de Cristiano Ronaldo y a mí el olor a basura y excrementos ya se me está haciendo insoportable.

De Bombay salimos pitando y nos montamos en un tren con dirección a un pueblo de nombre Neral<sup>1</sup> en el que hicimos noche para por la mañana subir a Matheran<sup>2</sup>, otra villa situada en la cumbre de una montaña y al que sólo se podía acceder en un tren de vía

---

<sup>1</sup> Ciudad del estado indio de Maharashtra situada a 83 km al sur de Bombay.

<sup>2</sup> Estación de montaña de 800 metros de altitud que sirve de escapada de fin de semana para los habitantes de Bombay.

estrecha. Por la tarde paseamos por el pueblo hasta llegar a un templo hindú y entramos a tirar unas fotos. De repente entró un hombre haciendo grandes aspavientos con las manos y gritando nos dijo que saliéramos de allí que no nos habíamos descalzado. Le pedimos disculpas alejándonos, pero el hombre insistió en que entráramos en una especie de estructura de ladrillo y cemento situada al lado del templo que les daba cobijo y en la que tenía montado un taller de escultura.



El cuidador del templo Sanjag mostrándome una de sus esculturas. Fuente propia.

Sanjay reclamó la presencia de su hermano Manave y le dijo que preparara chaid<sup>3</sup> para todos. El personaje era todo un artista que se dedicaba a tallar en piedra las distintas deidades del templo. Llevaba toda la vida viviendo allí con su hermano y el hijo de este y después de charlar con él me di cuenta que nunca había aspirado a otra cosa en la vida que a la de hacer las esculturas para el templo, con el único lucro del sustento alimenticio a base de donaciones de los vecinos. El hindú marcado por la religión asume su papel en

---

<sup>3</sup> Bebida que combina el té con la leche.

la vida a través del sistema de casta como si de una suerte fuera y espera que en la próxima vida se le premie mejor por sus buenas acciones en esta.

Nos despedimos de la pequeña familia que nos había invitado y continuamos nuestro paseo por uno de los barrios de la ciudad situado en la ladera de la montaña. Eran poco más de las seis de la tarde y noche cerrada, la carencia de alumbrado público era alarmante. Siguiendo la luz de unos faroles dimos con lo que parecía una verbena y a mí me sonó el teléfono. Mientras yo atendía la llamada, Miguel se adelantó con la esperanza de encontrarse con un grifo de cerveza bien fría.

No habían pasado ni dos minutos cuando un hombre me agarró del brazo y me dijo en medio hindú e inglés que mi amigo me estaba esperando y a empujones me llevó hasta la entrada del callejón. Lo que hasta ese momento era noche cerrada se convirtió en una explosión de luz y color.

Detrás de un enorme equipo de música se encontraban unas sesenta personas sentadas rodeando a un sacerdote que parecía preparar una especie de ceremonia. Todo el callejón estaba decorado con faroles y banderas de papel de todo tipo de colores y una especie de moqueta roja cubría el suelo donde los invitados de menor rango estaban sentados. Mi nombre sonó entre el gentío y divisé a mi compañero haciéndome gestos para que me sentara con él en primera fila.

Cuando llegué hasta donde estaba, el hombre que me acompañaba levantó de malas maneras a un abuelo que había sentado al lado de Miguel y me puso en la mano una bebida que más tarde descubrí que era Mirinda. Nos habían invitado a una despedida de soltero, así por las buenas y yo que llevaba apenas una semana en la India ya estaba flipando. La gente no paraba de acercarse a preguntarnos cosas y la persona que me había acompañado hasta la fiesta los espantaba como a las moscas. Nuestro amable anfitrión, Naresy, era el hermano mayor del novio y el que daba las órdenes en el evento.

Durante la ceremonia los invitados rezagados mostraban sus respetos a un hombre mayor vestido todo de blanco sentado a nuestro lado y uno a uno se arrodillaban ante él y le besaban los pies. Más tarde supimos que era la máxima autoridad política en la ciudad, al parecer nos habían puesto con los invitados de mayor rango. Apareció el novio vestido con el típico punjabi<sup>4</sup> blanco, chal amarillo y gorro. Su nombre era Vishal y después de las presentaciones se sentó al lado del Brahman<sup>5</sup> que comenzó con una ceremonia que no duró ni veinte minutos pero que nos cubrió de humo a todos con la intención de que fuéramos purificados. Lo contradictorio era que no se pudiera fumar porque aquello no era un espacio sin humos precisamente.

La cena cambió el escenario, los niños se arremolinaban en torno a mí y no paraban de preguntarme por todo, pero siempre aparecía un adulto que a base de empujones y tirones de oreja los alejaba de mí y me llevaba a presentarme al resto de la familia que parecía no acabarse nunca. Me dieron hasta tres platos de comida a los que fui probando y desechando al mismo tiempo, lo de los hindús con el picante es cosa seria, puedes elegir entre picante o muy picante y siempre acabas con los labios en carne viva. El nivel de agobio iba subiendo, pero todavía quedaba el baile y yo ya empezaba a imaginar excusas para irme a dormir.

La música comenzó de manera atronadora, no creo que la haya escuchado tan alta en ninguna de las discotecas de la Costa Blanca y apenas se podía hablar, pero a ellos parecía importarles poco y hablaban sin parar para luego seguir bailando. El momento cumbre llegó cuando intentaron subirme a hombros como al novio y ahí ya dije que alcohol no había visto pero que sí que se olía y mucho. De hecho, poco después vinieron unos “primos” preguntándonos que si queríamos whisky para al contestar que sí indicarnos el camino de una licorería y que amablemente pagáramos la priva. Estaba prohibido el

---

<sup>4</sup> Traje típico hindú formado por una túnica, pantalones anchos y un chal a juego.

<sup>5</sup> Sacerdote.

alcohol y el tabaco, pero como toda religión que se precie la hipocresía de los que las practican siempre está latente.

El evento contaba con un cámara y un fotógrafo de la televisión local al que dirigía Naresy que hacía las veces de productor. En medio de todo el jolgorio hizo que apagaran la música para poder entrevistarnos para las noticias locales y así poder elevar el caché de la boda a evento internacional con la presencia de aquellos mal vestidos europeos. Aprovechamos para despedirnos de todo el que quiso y camino al hotel entendí que tampoco en la India dan duros por pesetas, ya que nos habían utilizado de manera muy sutil.



### 3.2. Gentle Class

En nuestro periplo hacia el este del país recorrimos ciudades inundada por el caos circulatorio, borrachos tirados por las calles que eran atracados mientras dormían la mona y cubiertas de basura como Pune, Satara o Kholapur<sup>6</sup>. Preferíamos ciudades pequeñas o villas que resultaban más acogedoras y alejadas del caos de las grandes urbes. Mahabaleswar nos dio otro aire y descanso. Conocimos a Dipankar, un joven trabajador de un hotel con el que entablamos amistad y nos invitó al hogar de su familia en el estado de Assam, a tres mil kilómetros de distancia de donde nos encontrábamos.

En india el medio de transporte más utilizado es el tren. El país tiene una amplia red ferroviaria y los precios son asequibles para la mayoría de sus habitantes, aunque la venta de billetes esté corrompida por la reventa. El sistema sólo permite la venta de billetes de primera y segunda clase por adelantado y en taquilla sólo es posible comprar la de tercera clase el mismo día del viaje. Numerosos hindús obtienen dinero reservando una gran cantidad de billetes que luego revenden con una comisión. Tardamos un mes en entender por qué cuando llegábamos a una estación teníamos que conformarnos con un billete de tercera porque todo lo demás estaba vendido.

Compramos dos billetes de tren a Hyderabad por menos de dos euros dispuestos a recorrer los cuatrocientos kilómetros que había desde Kholapur. Todo fenomenal y en unas cuantas horas nos plantaríamos en el centro del país para poder disfrutar de una de las fiestas nacionales más importantes para los hindús, el Happy Holy<sup>7</sup>. El viaje se presentaba como una oportunidad para disfrutar de la magia y el encanto de los viajes en tren de la

---

<sup>6</sup> Ciudades situadas al sur del Estado hindú de Maharastra.

<sup>7</sup> Festival de origen religioso que se celebra a mediados de marzo que consiste en lanzarse polvos de colores brillantes para celebrar la llegada de la primavera.

India, que según la mayoría de autores que escriben sobre el país, lo presentan como una experiencia imperdible.

Viajábamos en un vagón casi vacío y creíamos que iba a ser un trayecto relativamente cómodo, pero conforme iban pasando las horas no paraban de subir personas al vagón hasta hacer el ambiente irrespirable. Familias repletas de enseres se acomodaban como podían e incluso utilizaban los portaequipajes como camas improvisadas. Un hombre que viajaba con sus tres hijos instaló al más menudo de ellos debajo de los asientos y apoyó la cabeza de los otros dos en su cuerpo para que en una postura inverosímil pudieran dormir.

Yo no paraba de mirar por la ventana y la posición del sol me indicaba que viajábamos hacia el sur cuando lo natural era ir hacia el este. Con la mosca detrás de la oreja y la impresión de que nos habíamos equivocado de tren, me puse a preguntar a los demás pasajeros que me confirmaron que la dirección que habíamos tomado era la correcta. Cuando sobrepasamos las diez horas de viaje consulté a través del teléfono la ruta, seguíamos viajando hacia el sur y a mí me iba a dar un ataque. En cada parada el trasiego de los viajeros que terminaban su viaje y los que lo comenzaban convertían el evento en lo más entretenido del viaje. Las patadas, empujones y gritos por ocupar los asientos libres era todo un espectáculo.

A pesar de que el tren no cuenta con restaurante, la venta ambulante era de tal magnitud que podías confeccionar un menú conforme iban pasando por tu lado los vendedores. Cada uno de ellos ofrece un producto de manera que compras una patata rellena, esperas a que venga el del puri, después pasa el vendedor de agua, los frutos secos, el pan y el té con el café... en unos treinta minutos configuras un menú de refritos que esperas que no te hagan efectos digestivos hasta que llegues al hotel. Una vez que has comido comienza lo que yo llamé la tele tienda. Decenas de vendedores con una impresionante variedad de artículos que iban desde pañuelos de colores, colonias, periódicos a menaje de cocina iban pasando por el vagón y a viva voz ofrecían sus productos. Me sorprendió ver a un hombre

vendiendo calcetines a pesar de que los pasajeros del abarrotado vagón vestían con chanclas o incluso iban descalzos por lo que no debía ser aquel un negocio muy fructífero.



Un vendedor ambulante ofreciendo su mercancía a los pasajeros del tren. Fuente propia.

Los nuevos viajeros una vez acomodados me acosaban a preguntas en su idioma, parecían sorprenderse de que no hablara su lengua. Eran pobres que pertenecían a las castas más bajas y no habían tenido acceso a una educación privada por lo que no hablaban inglés.

Otro falso mito en la India es que el segundo idioma es el inglés, hay que aclarar que sí es el idioma de los negocios pero que a su aprendizaje sólo acceden las clases privilegiadas. Da la impresión de que es comparable a la América Latina con el idioma español, pero no es así ni por asomo. Mientras que la colonización inglesa se basaba en la explotación de los recursos sin el ánimo de mezclar ni de imponer sus costumbres con las del pueblo hindú, la colonización española realizó un genocidio a base de evangelizar

a las tribus nativas de América. Exterminando casi todas las lenguas autóctonas e imponiendo el castellano en toda la tierra conquistada.

De entre la maraña de gente que se acomodaba en el vagón conocimos a Anisur, un joven que diseñaba vestidos y que ante la urgencia de su viaje no le quedó más remedio que comprar un billete en Gentle Class y acomodarse en medio de dos albañiles que lo abrazaban mientras dormían. Nos explicó en un inglés perfecto muy amablemente cómo funcionaba el sistema de venta de billetes y cómo consultar los trayectos que tomaba cada tren. El que nosotros habíamos tomado era el que tenía el trayecto más largo y realizaba una especie de arco hasta llegar a su destino bajando al sur para luego subir parando en todas las estaciones que encontraba.



Anisur explica a Miguel como reservar billetes de tren a través del teléfono. Fuente propia.

Llegamos a nuestro destino veinticuatro horas después de haber montado en el tren y con sólo siete minutos de retraso respecto al cálculo que hacía la web oficial de ferrocarriles

hindús. La India mezcla lo tradicional con lo moderno de manera que hay veces que lo confundes, dando por sentado que, si en ocasiones no puedes comprar un producto tan elemental como el agua embotellada, ¿cómo es posible que puedan vender billetes de tren por internet?



### 3.3. Bhubaneshwar, ciudadanos romanos

Le dije a mi compañero que se parara, dos chavales reclamaban nuestra atención desde el otro lado de la calle. Mi intuición me dijo que al fin habíamos encontrado lo que buscábamos.

Habíamos llegado a Bhubaneswar a mediodía y después de registrarnos en el hotel nos fuimos a dar una vuelta. Un auto rickshaw nos llevó hasta lo que nosotros pensábamos que era el centro, pero fuimos a caer en lo que debía ser una especie de parada de bus, con una docena de hindús que intentaban por todos los medios meternos en uno de ellos con dirección a la ciudad de Puri. No esperéis buenos modales por parte de estos captadores de clientes, no es que no los tengan, es que no son como los que nosotros conocemos.



Cajero automático ETM. Fuente propia.

Yo tardé como dos semanas en acostumbrarme a los empujones y los agarrones. De hecho, no he visto ni un solo hindú que sepa hacer cola, una fila o pedir turno. Los cajeros automáticos de apenas unos metros cuadrados, siempre estaban atascados de gente. Dentro, no fuera. Se agolpan unos encima de otros mientras que al primero le cuesta un par de empujones poder teclear el número pin de su tarjeta.

Y allí estaban todos mirando, como cuando no te quedaba ni un miserable duro para jugar en una sala de videojuegos de los noventa y te apoyabas en la máquina viendo a otro. Yo me quedaba en la puerta, detrás de los seis o siete que había dentro y cuando alguno se iba, no avanzaba y así intentaba hacer hueco. No tardaban en llamarme la atención los de detrás, “¡Pase usted que hay sitio!” Entonces me volvía y les explicaba que era un asunto privado, que no podían entrar y... “¡eh! ¿dónde va usted?” Una mujer intentaba colarse por debajo de mi sobaco. Otro aprovechaba el hueco que se había hecho para pasar. Al final optaba por dar dos voces y todos salían del cajero mirándome con cara de este “inglés” está loco.

A eso de las cinco de la tarde patrullábamos por un barrio entre vacas, monos y algún que otro coche. Queríamos fumar algo de ganjah<sup>8</sup> y no teníamos ni idea de cómo conseguirla. Fue entonces cuando reparé en un par de chicos que me hacían señales desde un quiosco y me enseñaban un cigarro. Cruzamos la calle y al cabo de media hora ya nos habíamos pasado los teléfonos, nos hicimos unos selfies y habíamos quedado con ellos para la noche siguiente.

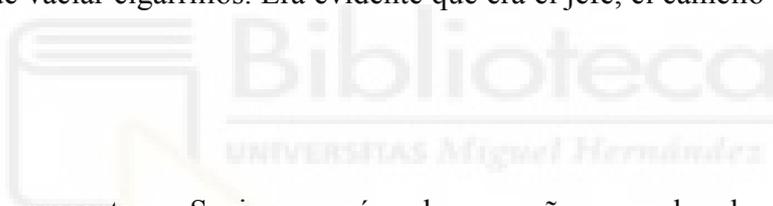
Después de cenar llamamos a Somnath y Mohan y nos fueron a recoger en sus motos. Atravesamos la ciudad en medio del caos circulatorio, común en todas las ciudades de la India, hasta llegar al lago Bindun Saga. Aquel lago resultó ser el lugar de reunión de la pandilla, la mayoría conductores de auto rickshaw, de edades comprendidas entre los

---

<sup>8</sup> Ganjah es el término usado por los rastafaris para llamar a la marihuana.

veinte y treinta años. Pobres diablos que no habían tenido la oportunidad de estudiar y que toda la sabiduría que poseían provenía de Google, que no es poco de pavo si tienes curiosidad. Ninguno hablaba inglés, Mohan era el único que lo chapurreaba y todos tenían teléfono móvil, motocicleta y un corte de pelo bollywoodiense.

Sufrimos una borrachera de selfies aderezada con chai y algo de fumar y de allí fuimos a un templo precioso rodeado de hierba con un gag repleto de ranas donde vivía el hermano de Mohan, Savir. El hermano, aunque de nombre breve resultó ser un personaje único, no paraba de moverse ni un segundo. Sufría una mezcla de convulsiones y picores que le hacía estar continuamente rascándose. Iba vestido con un pareo y el torso desnudo y estaba más cerca de los cincuenta que los otros dos chicos que lo acompañaban en la tediosa tarea de vaciar cigarrillos. Era evidente que era el jefe, el camello y el que partía el bacalao.



En cuanto nos presentaron Savir empezó a darnos caña como hombres blancos que éramos, imperialistas y genocidas. Miguel y yo nos miramos, le dije que no se le ocurriera sacar la cámara, nada de fotos hasta que supiéramos donde nos habíamos metido.

Los comunistas cabreados son iguales en todas las partes del mundo, yo mismo lo fui hace tiempo, para llevártelo a tu terreno solo hay que ser más comunista y mostrarte más indignado que él. El tipo, sin dejar de rascarse en todo momento, no dejaba de llamarnos romanos hijos de Carlo Magno y yo no iba a ser el que le hiciera la contra. Entonces le hablé de cuánto admiraba al Ché, lo mal que me parecía el bloqueo a Venezuela y lo malnacidos que eran los yanquis. Le cambió la expresión, mandó a por más chai a uno de los chavales y nos pasó un par de cigarrillos de ganjah sin dejar de mirar el móvil a cada instante.



De izquierda a derecha. mi compañero de viaje Miguel, Mohan, Somnath y yo. Fuente propia.

Los chicos, antes habladores y bromistas, ahora no abrían la boca y sólo prestaban atención al discurso de Savir, que sin duda era el capo del barrio. Nos lo confirmó la llegada de un hombre muy elegante vestido con una kurta<sup>9</sup> y un salwar<sup>10</sup> blancos, que al preguntarle a nuestro anfitrión quienes éramos este le contestó con cierto desdén hacia nosotros en hindú y lo único que entendimos fue romanos. A nosotros nos lo presentó como el más alto representante político del distrito, nos dio la mano y se fue sin pedirnos un selfie y yo me quede con las ganas de sacar la cámara. Se suponía que te podían arrestar por un porro y allí había toda una fábrica de liar canutos montada.

---

<sup>9</sup> Camisa ancha y holgada que llega hasta las rodillas.

<sup>10</sup> Pantalones que combinan con el kurta formando el traje típico hindú.

Miguel le preguntó al jefe por qué miraba continuamente el teléfono, Savir contestó que estaba viendo una película porno, cinco minutos después se levantó acomodándose sus partes nobles y se encaminó hacia la casa diciendo que enseguida volvía. En ese momento pensé que era mejor irse ahora que esperarlo y tener que volver a darle la mano.

Hubo un momento en que todo se quedó en silencio, los chavales estaban jugando al parchís con una aplicación del teléfono y decidimos largarnos antes de que se hiciera más tarde. No había nada de sugerente en pasear por un barrio desierto a las tantas de la madrugada y además teníamos que preparar la llegada a Puri, una ciudad en la costa a unos sesenta kilómetros de Bubhaneswar. Durante el camino al hotel no podíamos parar de reír recordando la conversación que habíamos tenido con Savir y de cómo esta especie de padrino barriobajero casi nos había convencido de que éramos ciudadanos romanos.



### **3.4. La familia Baraly.**

Dipankar Barali tiene 26 años y es miembro de una familia acomodada que vive en una pequeña villa del estado de Assam llamada Roha. Cuando lo conocimos en una sala de billar de Matheran estaba trabajando en uno de los hoteles de la ciudad y no paraba de lamentarse por la lucha que mantenía con su padre en relación al rumbo que tenía que tomar su vida. Tocaba la guitarra y por alguna razón que no llegaba a entender había aprendido de memoria una canción de reggaeton que le fascinaba y se llamaba Despacito. Al ser en castellano tenía la convicción de que nos encantaba escucharla y cada vez que tenía la oportunidad nos daba la brasa cantándola.

Las compañías low cost aéreas en la India ofrecen vuelos nacionales a precios asequibles y nosotros hartos de disfrutar del romanticismo de los viajes en tren, decidimos comprar dos billetes de avión a Guwahati, capital comercial del estado de Assam y situada a cien kilómetros de Roha donde vivía la familia Baraly.

Dipankar vino a recogernos al aeropuerto con su amigo Parku, un veinteañero con una carterera de hormigas por bigote, bajito y que no paraba de escupir. El chico nos dejó un instante de los más divertidos del viaje debido a su repugnante vicio y una de las veces que fue a lanzar uno de sus numerables esputos, no se dio cuenta de que la ventanilla estaba cerrada y le propinó un cabezazo. Por el ruido pensamos que iba a perder el conocimiento, pero se atusó el pelo y mantuvo la compostura mientras nosotros nos moríamos de risa.

Hicimos noche en Guwati debido a que el hermano de Dipankar, Triviknam, estaba hospitalizado por algo más que una gastroenteritis pero que al día siguiente le darían el alta y podríamos irnos. Así que compramos la cena y fuimos al hospital a visitarlo. No pude evitar compararlo con otro en el que estuve curioseando en Calcuta donde centenares

de personas se agolpaban haciendo cola en la puerta de los edificios del complejo. Los familiares de los pacientes esperaban en el patio y tirados por el suelo entorpecían el paso de las ambulancias que llegaban a borbotones. Este hospital era privado y cuando llegamos nos aparcó el coche el conserje y yo me monté por primera vez en un ascensor con su propio botones.



De izquierda a derecha Dipankar y Trivikan. Fuente propia.

Hicimos noche en Guwati debido a que el hermano de Dipankar, Triviknam, estaba hospitalizado por algo más que una gastroenteritis pero que al día siguiente le darían el alta y podríamos irnos. Así que compramos la cena y fuimos al hospital a visitarlo. No pude evitar compararlo con otro en el que estuve curioseando en Calcuta donde centenares de personas se agolpaban haciendo cola en la puerta de los edificios del complejo. Los familiares de los pacientes esperaban en el patio y tirados por el suelo entorpecían el paso

de las ambulancias que llegaban a borbotones. Este hospital era privado y cuando llegamos nos aparcó el coche el conserje y yo me monté por primera vez en un ascensor con su propio botones.

Por la mañana recogimos a su cuñado, que había acompañado a su hermano en el hospital, y con seis en el coche, tres delante y otros tres detrás partimos hacia Roha haciendo las veces de conductor Parku. No se puede conducir peor y cuando pregunté el modo para obtener la licencia me explicaron que había que ir a la oficina de tráfico, pagar y esperar pacientemente a que te llamaran para ir a recogerla. Eso explicaría un incidente anterior en el que casi chocamos de frente con otro coche que había tomado una rotonda en sentido contrario.

La casa de los Baraly se podía ver desde la autovía que partía en dos el pueblo de Roha y para acceder a ella había que hacer un cambio de sentido y volver sobre tus pasos por una carretera de servicio para luego torcer a la izquierda por un camino que llegaba hasta la villa. La casa era un edificio de dos plantas, en el patio había un pequeño templo privado y justo en frente una docena de albañiles estaban construyendo una nueva vivienda familiar de unos cuatrocientos metros cuadrados con tres plantas y terraza. La obra tenía un presupuesto de treinta tres mil euros que en primera instancia parece barata pero que si le aplicamos el cambio a nuestro país la construcción traspasaría ampliamente la cantidad de trescientos mil euros.

La familia estaba compuesta por los padres, tres chicos y dos chicas. El mayor de nombre Rupankar se había casado un mes antes y vivía en Bombay. Las dos hijas, Beby y Rubui, estaban casadas y contaban con dos hijos cada una de ellas. Rubui no tenía relación con la familia al haberse casado sin el permiso del padre y durante mi estancia Dipankar me pidió que le acompañara un par de veces a visitarla con la intención de que esta fuera a visitar a su madre, que tras años sin verla y debido a un achaque, temía que al morir se no hubiese podido despedirse de su hija y haber hecho las paces.

El padre de Dipankar se llamaba Dhiran, era doctor homeópata y atendía una media de cuarenta pacientes al día en un radio de unos diez kilómetros cuadrados. Para la mayoría de las personas que viven en zonas de ámbito rural de la india, el único medio para recibir asistencia sanitaria es a través de este tipo de medicina. La figura del médico homeópata es valorada y respetada por toda la sociedad hindú a pesar de sus limitaciones y su poca consistencia científica.

El doctor contaba con 58 años y provenía de una familia de terratenientes propietaria de grandes zonas de cultivo que arrendaban a los campesinos de la zona. Dhiran fue a la universidad con la intención de convertirse en abogado, pero una enfermedad en el riñón de su madre hizo que su vida tomara otro destino. Me explicó que harto de visitar médicos incapaces de hallar un tratamiento adecuado para su madre, dio con un libro de medicina homeópata y siguiendo uno de sus tratamientos logró que esta expulsara las piedras del riñón. Abandonó sus estudios de Derecho para dedicarse al aprendizaje de la medicina homeópata y veinticinco años después era una de las personas más respetables de la zona.



El doctor Bharaly tiene un pequeño despacho en su casa donde pasa consulta. Fuente propia.

Dhiran era consciente de las limitaciones de sus tratamientos y me explicó que la medicina homeopática a pesar de poder resolver la mayoría de las enfermedades comunes, requiere de un mayor tiempo de recuperación. Como ejemplo me puso a un hombre que había abandonado su consulta unos minutos antes con el brazo en cabestrillo debido a una fractura. Él le propuso un tratamiento que consistía en un emplaste a base de hierbas y después de inmovilizar el brazo con una tablilla y unas vendas le dijo que mantuviera reposo durante cuatro meses. El paciente alarmado le dijo que no podía estar tanto tiempo sin trabajar y Dhiran no dudó en aconsejarle que si quería reducir el proceso de curación a un mes acudiera a un hospital, consciente de que si el hombre no trabajaba lo antes posible su familia moriría de hambre.

El médico, consciente de que su trabajo daba cobertura sanitaria a una gran cantidad de personas y a las que le era imposible acceder al hospital más cercano, mostraba en sus palabras mucha preocupación por su ya próxima jubilación. Dhiran esperaba que alguno de sus dos hijos menores le sustituyeran, no por tradición que era algo que no le importaba sino porque temía que cuando él faltara la gente de la zona no tendría donde acudir.

Sin embargo, eso a sus hijos se la traía al paio. Ninguno mostraba el mínimo interés por el oficio de médico y mientras que Trivikam había montado justo al lado de la consulta, en otra habitación de la gran casa que habitaban, un pequeño negocio de repuestos, Dipankar soñaba con viajar a Estados Unidos para hacerse músico. Ellos no pensaban que habían venido a este mundo a solidarizarse con los demás y como la mayoría de los jóvenes occidentales no mostraban ningún tipo de conciencia social.

Cada mañana su madre, Rupali, me preparaba un café con leche comprado expresamente para mí porque su hijo le había explicado que lo preferíamos al té. Lo tomaba sentado en el patio mientras veía como realizaba las tareas domésticas. Lavaba la ropa a mano, de rodillas, estrangulando y frotando sin parar la colada. Dipankar me había dicho que su madre estaba enferma y estaba muy preocupado por ella, pero cuando le dije que por qué

no le compraba una lavadora si tanto la quería, me hizo un gesto con la mano quitándole importancia y me contestó que no le hacía falta. Le señalé el Iphon que llevaba en la mano diciéndole que con el dinero que había gastado en el teléfono podía comprar tres lavadoras.

Dos días más tarde Miguel me comentó que estando con él observando a su madre le contó mi conversación y que cayéndosele las lágrimas prometió comprarle una lavadora. Desde que volví de la India todas las mañanas Dipankar me da los buenos días a través del teléfono y hace unos días le pregunté si había comprado una lavadora y apenas recordaba aquella conversación que mantuvimos meses atrás.



### 3.5. Maruti Suzuki

Durante las tres semanas que pasamos con la familia de Dipankar las dedicamos a recorrer la jungla del estado de Assam. Nuestro amigo nos ofreció el coche familiar para que pudiéramos desplazarnos por la zona, un viejo monovolumen que apenas utilizaban.

Con vehículo propio teníamos la libertad de parar donde nos apetecía y comenzó a rondarnos por la cabeza la idea de comprar uno. Le propusimos a Dipankar alquilarle el coche, pero su padre se opuso y nos pusimos a sondear el mercado de segunda mano. Los precios resultaban accesibles, pero en la India está prohibida su venta a los extranjeros y tuvimos que convencer a nuestro amigo de que la pusiera a su nombre, prometiéndole que se lo regalaríamos al final del viaje en Delhi.

Dos días después contactamos con un hombre llamado Deka de Guwahati que vendía un monovolumen de la misma marca que el que tenía la familia Baraly, hicimos cuentas y nos fuimos a por él. El viaje en autobús afianzó en mí la idea de que era mejor morir en la India conduciendo yo mismo que poner mi vida en manos de los conductores hindús.

La furgoneta estaba en medio del patio de la casa y a pesar de que la habían lavado su aspecto era cochambroso. Media docena de hombres flanqueaban la entrada de la vivienda, unos sentados en los escalones, otros apoyados en sus pilares. El dueño estaba sentado en una silla detrás de todos, daba la impresión de que nos encontrábamos en una pequeña corte.

Las presentaciones dieron paso a la inspección del vehículo donde comprobamos que casi se caía a trozos y que los arreglos nos iban a costar una pasta. Le pedimos una rebaja, pero el hombre se mantuvo firme y nos condujo hasta donde tenía un pequeño coche rojo

medio escondido por los arbustos que habían crecido a su alrededor, el coche llevaría allí instalado por lo menos dos años.

Dipankar insistía en que el coche rojo estaba en mejor estado que el otro, pero a mí me daba en la nariz que ya vislumbraba un futuro montado en él, paseando por Nagaon con un par de chicas que la furgoneta no iba a impresionar. Acordamos un precio por el Maruti Suzuki 800 rojo y resolvimos la compraventa en unas cinco horas, porque con los hindús lo de las prisas no va con ellos como ya lo definiera de manera brillante Rudyard Kipling.<sup>11</sup>

Nos montamos en el coche y salimos para Roha, cinco minutos después reventó una rueda. El coche se caía a pedazos, sólo podíamos utilizar las luces largas, apenas frenaba y a cada bache el ruido de los amortiguadores era estremecedor. Cambiar de marcha era un sufrimiento que agravaba el hecho de no haber conducido nunca con el volante a la derecha. Nos habíamos comido un buen truño y a la mañana siguiente acudimos a un taller mecánico con la esperanza de ponerlo a punto y justo cuando llegábamos al taller reventó la bomba del agua, inundando la guantera y poniendo perdidos los papeles de la compraventa.

Antes de irnos de Roha debíamos cambiar de nombre el coche y ponerlo al de Dipankar que consultó con su hermano cual era el procedimiento a llevar a cabo. En primer lugar, fuimos a Nagaon, a la oficina de tráfico. Allí nos dijeron que primero era necesario asegurar el coche lo que nos hizo tener que volver al día siguiente. Cuando conseguimos el seguro nos encontramos con las oficinas de tráfico cerradas y tuvimos que volver, otra vez, al día siguiente. Al cuarto día nos mandaron a las oficinas de Guwahati. Si

---

<sup>11</sup> La frase más célebre del escritor británico Joseph Rudyard Kipling, autor del famoso cuento “El libro de la selva”, fue “no resulta bueno para la salud de los cristianos dar prisa al asiático, porque el cristiano se sulfura y el asiático sonríe y agota al cristiano”. Al final de la lucha hay una lápida que dice: “Aquí yace un loco que intentó meter prisa a oriente”.

aplicáramos la lógica occidental, Dipankar podía haber preguntado la primera vez cual era el proceso entero, pero como buen hindú lo realizó paso a paso y nosotros empezábamos a desesperarnos.

Dejamos que Dipankar entrara primero a la oficina de tráfico de Guwahati y nos posicionamos unos pasos por detrás. Un hombre salió del mostrador y se lo llevó hacia la puerta hablándole. Enseguida nos dimos cuenta de que iban a extorsionarlo y Miguel corrió a espantarlo mientras yo le hice una foto de esas de por si acaso.



Oficina de tráfico en Nagaon en el estado de Assam. Fuente propia.

El chico erraba continuamente y no tenía ni idea de manejarse con la burocracia de su país. Era tal su ingenuidad que cuando nos hicimos con los formularios y debía firmarlos el anterior dueño del coche, no dudó en falsificar su firma y cuando el funcionario le preguntó si lo había falsificado, afirmó con una sonrisa que sí. Nosotros estupefactos,

nos echamos las manos a la cabeza y lo sacamos de allí de un tirón pensando que cuanto más tiempo permaneciéramos allí, más cabía la posibilidad de generarnos un problema serio.

Por la noche se me ocurrió decirle a Miguel que nos fuéramos sin arreglar los papeles y que cuando fueran a recoger el coche a Delhy, Dipankar ya se ocupara del papeleo. A mi compañero se le iluminaron los ojos y nos pusimos a organizar la ruta para largarnos lo antes posible.

Todas las mañanas Dipankar me despertaba a voces para que le acompañara en la moto a por leche recién ordeñada. Circulábamos por los caminos de la jungla entre viviendas hechas de caña y barro y con unas vallas de un metro de altura que delimitaba cada una de las pequeñas propiedades. Pero aquella mañana me despertó Miguel y me dijo que había habido una muerte en la familia y esta se disponían a lavar toda la ropa para purificar la casa. Después deberían guardar durante trece días ayuno y solo podían comer por la noche como manda la tradición hindú.

Unos días después celebraron una ceremonia religiosa en el pequeño templo familiar en el que veía rezar todas las mañanas a Dhiran antes de empezar su consulta. Asistieron la madre y el hermano del cabeza de familia y la celebraron dos sacerdotes que llegaron en un auto ricslaw.



Ceremonia de purificación en el pequeño templo de la familia Baraly. Fuente propia.

Por la noche Dipankar nos dijo que la familia iba a recibir la visita de unos parientes y que en dos días debíamos de abandonar la casa. Nos dimos cuenta de que nos estaban invitando a irnos de forma sutil y aprovechamos para explicarle el plan que habíamos urdido.

Nos íbamos a ir sin arreglar el papeleo y en el caso de pararnos la policía lo llamaríamos para que se hiciese pasar por el señor Deka y confirmar que nos había prestado el coche. También compramos una cartulina verde y falsificamos dos carnés internacionales confiando en la ignorancia de la policía hindú pero que luego comprobé que no era tal, más bien eran totalmente corruptos. Convenimos con Dipankar que cuando estuviéramos cerca de Delhy nos pondríamos en contacto con él para que fuese a recoger el coche y nos despedimos de la familia Baraly con la promesa de asistir a la próxima boda familiar.

Dos días después nos hicieron el alto en un control fronterizo estatal. Un policía con un fusil de asalto le hizo un gesto a Miguel para que saliera del coche y le acompañara con la documentación a una caseta que hacía las veces de cuartel. Era de noche y yo aproveché para llamar a Dipankar y avisarle de que probablemente le iban a llamar y debía de hacerse pasar por el señor Deka.

Un policía de paisano se acercó a mi alumbrándome con su linterna y me dijo que estuviese tranquilo, pero yo ya me imaginaba pasando la noche a la sombra. Entonces vi a mi compañero que venía hacia el coche rodeado por cinco policías y me gritó que no pasaba nada, que estaban de cachondeo. Le echaron un rápido vistazo al maletero, nos preguntaron si llevábamos alcohol y se pusieron a hacer bromas sobre el cacharro que llevábamos por viejo y cochambroso.

Miguel me explicó que uno de ellos, el típico sargento chusquero, apenas había mirado la documentación y que le había exigido dos mil rupias por no llevar el certificado medioambiental pero el que al parecer mandaba, se había levantado del sillón donde dormitaba y atusándose los pantalones le dijo en su idioma algo que hizo que los otros policías estallaran a carcajadas. Le quitó hierro al asunto y acompañó a mi compañero hasta el coche para conocerme.

No tuvimos tanta suerte más tarde en Delhy donde nos costó mil quinientas rupias salir del apuro.

### 3.6. El valle de las flores

No cabe ninguna duda de que conducir en la India debería de ser catalogado por las agencias de viajes como deporte de riesgo. Si montar en taxi o auto rickshaw ya es toda una experiencia para cualquier europeo, conducir un coche o una moto puede hacer que le suba la adrenalina por la boca hasta dejársela tan seca como si acabara de chupar un palo de madera.

Las carreteras en su mayoría resultan impracticables y las autovías sólo se encuentran en el ámbito de las grandes ciudades. La velocidad media es de 50km/h y un trayecto de 100 kilómetros puedes recorrerlo en parte por un camino sin asfaltar, después por una carretera convencional y cuando llegas a una gran urbe esta se convierte en una autovía de varios carriles. Apenas hay señales de tráfico y el claxon se hace indispensable, de hecho, los camiones portan un letrero en su parte trasera en la que te exigen que les avises con la bocina de que vas detrás y te dispones a rebasarlos.

El vehículo a motor que predomina es la motocicleta al ser el más barato. Familias de cinco o seis miembros circulan sobre ellas por las carreteras poniendo en riesgo sus vidas y a otros que viven de la venta ambulante, les sirve para desplazarse en ella con todos sus productos. Los ves haciendo todo lo posible para mantener el equilibrio mientras que camiones y coches los adelantan dejando tan sólo unos centímetros de distancia de seguridad.

Los adelantamientos son indiscriminados y los autobuses actúan como lanzaderas de una población, tirándose al otro carril si reducen la velocidad, haciendo que los coches que vienen en sentido contrario frenen o utilicen el escaso arcén que tiene la carretera para poder evitar un accidente inminente.

Los constantes pasos a nivel que atraviesan las carreteras provocan atascos kilométricos, no por la duración de la parada sino porque cuando llegan al cruce, se colocan en paralelo rompiendo la fila y ocupando todo el ancho de la calzada. Cuando se abren las barreras del paso a nivel los conductores quedan enfrentados unos con otros sin poder pasar y todos luchan por hacerse con un hueco en su parte de la vía correspondiente.

En el momento en el que me instalaba en el asiento del conductor tenía la impresión de que había echado una moneda en un videojuego de coches. No puedes despistarte ni un minuto al volante porque puede que de repente aparezca por el centro de la carretera una cabra, un mono, una vaca o cualquier otro imprevisto.

Con la adquisición de aquel cacharro rojo que conducíamos habíamos convertido la India en un gran parque temático de conducción extrema y lo hubiéramos disfrutado al máximo si no hubiera sido por los constantes achaques del Maruti Suzuki.

Cuando llegamos a Pilbhit, en el estado de Uttar Pradesh, Miguel recogió el testigo de la diarrea del viajero que yo había padecido hacía una semana. Por la mañana me pidió que condujera yo aquel día y se montó en el coche a esperar que yo finiquitara la relación con el hotel.

Los hoteles de la India ofrecen el servicio de pago con tarjeta de crédito que luego falla continuamente y te obliga a pagar al contado. A mí el truco ya me sonaba de otras veces y como me resultaba más barato pagar con tarjeta, me cogí un importante rebote. Después de media hora donde probamos hasta tres aparatos, pagué con moneda y salí disparado. Mi compañero ya estaba desesperado y se puso al volante para salir de la ciudad lo antes posible y luego cederme el testigo.



Los elefantes circulan por la carretera como si de otro vehículo se tratara. Fuente propia.

Ya en las afueras de la ciudad detuvo el coche y al bajarse me preguntó por mi pequeña mochila donde guardaba la riñonera con la documentación y el dinero, además de la cámara fotográfica, el pc y el resto del equipo. A gritos le dije que se volviera a montar, que la mochila se había quedado en un sofá de la recepción del hotel. Eran las siete de la mañana y yo ya estaba sudando a chorro al borde de un ataque de pánico.

Miguel cambió el sentido de la marcha y cuando llevábamos unos cien metros recorridos me gritó que cogiera las mochilas mientras yo ya veía las llamas que salían entre sus piernas. Salimos del coche y sacamos las mochilas del maletero, entonces vi que, aunque mi amigo tenía la llave en la mano el coche seguía en marcha.

Entré por la puerta del copiloto y alargando la pierna conseguí pisar el embrague al mismo tiempo que lo calaba y las llamas se extinguieron. Sin quitarme de la cabeza la mochila,

me quité las chanclas y salí corriendo en dirección al hotel. Entonces Miguel me gritó y me señaló un auto rickshaw que pasaba por allí, me monté y le dije al conductor que se olvidara de recoger a ningún otro pasajero y fuera directamente al lugar donde le indicaba.

Por el camino caí en la cuenta de que el hotel estaba a por lo menos cinco kilómetros de distancia y empecé a serenarme, pero al girar hacia la calle del hotel nos encontramos con un atasco. Una caseta de comida rápida estaba ardiendo y la gente se paraba a contemplar el espectáculo como si de fuegos artificiales se tratara. Cuando las cajas de fusibles que rodeaban el puesto comenzaron a explotar el gentío se disolvió despavorido y continuamos nuestro camino a base de empujones y patadas para poder abrimos camino.

En la puerta del hotel estaban los tres hindús con los que había discutido anteriormente riéndose a carcajadas de mí. Uno de ellos me dijo que había vaticinado que se nos rompería el coche y me indicó que mi mochila estaba en el mismo sitio donde la había dejado. Cuando les pregunté por el mecánico más cercano, los cabrones se revolcaron por el suelo.

El taxista me llevó a varios talleres de mecánica, pero estaban todos cerrados, abrían a las nueve y todavía faltaba media hora. Entonces me llamó Miguel, me dijo que había parado un hombre con su nieto preguntándole que le ocurría al coche y que cuando le explicó que necesitaba un mecánico, alzó la vista y paró a un hombre que iba en una moto. Entonces el viejo le sonrió y le dijo que gracias a Dios el mecánico había tomado el mismo camino que nosotros.

Al parecer el coche sólo había tenido un problema menor y poco después continuamos el viaje discutiendo la posibilidad de hacer una puja<sup>12</sup> a los dioses por el coche. Teniendo en cuenta que queríamos ir a la cordillera del Himalaya para luego ir hacia el sur hasta Delhi, el coche debía durarnos dos mil kilómetros y hacía evidente que íbamos a necesitar toda la ayuda posible.

Trazamos rutas diarias de no más de 150 kilómetros y con numerosas paradas para que el coche no se calentara demasiado. Aun así, el coche se rompió cuatro veces más y en cada una de ellas encontramos a una figura que lo conseguía arrancar.



Las malas carreteras y las rampas casi acaban con el Maruti. Fuente propia.

---

<sup>12</sup> Ritual hindú en el que se ofrece un momento de recogimiento y agradecimiento a los Dioses colocando ofrendas en un altar para elevar las peticiones de los hindús.

Nuestro objetivo era ir al Valle de las Flores situado en el Parque Nacional Nanda Devi, perteneciente al estado de Uttarakhand. Para llegar hasta allí debíamos dejar el coche en un pueblo llamado Jyotirmath, conseguir un guía y caminar durante un día hasta el valle.

Encontramos alojamiento en un hostel a medio hacer donde nos informaron de que el valle estaba cerrado hasta junio. Habíamos consultado la web del parque donde decía que estaba abierto, pero nos sorprendió lo justo, ya llevábamos mucho tiempo allí para perder la paciencia con un error de ese tipo.

Recogimos los bártulos de la habitación y nos fuimos para hacer noche en otro pueblo más grande que habíamos atravesado para llegar allí, pero un par de kilómetros más tarde el coche se paró. El día iba empeorando por momentos y el sitio en el que estábamos no parecía el más propicio para que volviera a pasar por allí un mecánico camino de su taller.

Miguel volvió al hotel que habíamos dejado montaña arriba después de parar un autobús para que lo llevara. Allí le pusieron en contacto con un mecánico y volvió a donde yo estaba acompañado por un empleado del hotel para recogerme y esperar en el pueblo al mecánico que venía de otra villa.

A falta de mecánicos vinieron tres al rescate y después de tres horas, multitud de llamadas a otro, que al parecer el problema era eléctrico, y claro no era su campo, consiguieron arrancar el coche. Y luego, pues como eran tres y les habían ayudado un cuarto, nos quería cobrar dos mil rupias porque a quinientas rupias por cabeza les había salido la cuenta redonda. Le di mil quinientas rupias al jefe y me fui mientras echaba pestes de toda la marina inglesa y su ilustre reina. El coche se volvió a romper cincuenta kilómetros después, por suerte fue justo cuando atravesábamos la ciudad de Chamoli.

Y allí fue donde yo reconocí por primera vez a un verdadero mecánico. Era un hindú menudo que por la forma que se apoyaba en la pared mientras fumaba y con la vista puesta en el horizonte a mí me recordó a los mecánicos españoles. Esos que de un vistazo al capó del coche y un arranca chaval le dan un diagnóstico al vehículo en cinco minutos. Además, el veredicto nunca es favorable pero siempre te deja un hilillo de esperanza en el que si te aferras y conduces como él te dice puedes alargar la vida de tu coche.

Llegamos a Delhi con el embrague del Maruti hecho polvo, cambiando de marchas lo menos posible y sin poder pasar de tercera velocidad a cuarta. Aquel pequeño hombre había dado en el clavo, confirmando mis sospechas de que era el primer mecánico de verdad con el que nos habíamos encontrado en la India.



#### 4. CONCLUSIÓN

La India no es un país para comérselo, se puede probar y llegar a disfrutar, pero no lo considero un país donde yo mismo pudiera vivir, ni siquiera creo que vaya a volver. La imagen que se proyecta al exterior está desvirtuada y repleta de clichés.

El trato discriminado que padecen las mujeres hindús, el todavía persistente sistema de castas y la brecha social existente no confirman el relato que conforma el gobierno de la India.

La India tiene más de 1200 millones de habitantes y se ha convertido en el país más poblado de la tierra. Está formada por veintiocho estados y siete territorios de la unión. Es la democracia más grande del mundo con 700 millones de votantes y ella conviven todas las religiones del mundo, habiendo un día de fiesta nacional para cada una de ellas,

El culto más seguido por sus habitantes es la religión hindú con un 83% de devotos, le sigue la musulmana con un 11,7%, los cristianos sólo representan el 3% y los Sikhs el 1,99%. La religión budista y la jainista no llegan al 1% de seguidores entre toda la población hindú. Se dice que todas las religiones conviven en la India y el estado es laico, pero, aunque incluso haya habido gobiernos con presidentes musulmanes y un primer ministro sikh la mayoría de los conflictos políticos tienen su germen en la religión.

El famoso sistema de castas por el que se rige la India está prohibido en la constitución y existe una discriminación positiva a favor de las más bajas en las que se reservan para ellos puestos en la administración, en la universidad y otros muchos más. Pero todavía está muy asentado en la sociedad y en las zonas rurales se sigue al pie de la letra.

La palabra hindi para casta es “Varna” que significa color, cada varna contiene grupos llamados “Jati” y tiene una tradición de unos 3.000 años de antigüedad. En este momento existen cuatro castas si no contamos a los “Intocables”: Brahmins son los sacerdotes, Kshtriya los guerreros, Vaishya los comerciantes y Shudra son las personas que se ocupan de los servicios y la limpieza. Fuera de estas castas se encuentran los Harijans o Intocables que representan el estrato social más bajo.

La India ha crecido económicamente los últimos años hasta ponerla como la duodécima potencia económica mundial. Esto no ha hecho, sino que la brecha social se haya ampliado discriminando a la mayoría de la población. Los logros económicos solo benefician a las capas más alta de la sociedad hindú y hay una corrupción endémica en las instituciones.

El gobierno estima que hay doscientos millones de hindús que viven bajo el umbral de la pobreza, pero esto se debe a que sitúan la línea de la pobreza por debajo de la cantidad de alimento que necesita una persona al día. Si aplicamos los mismos estándares que tenemos en nuestro país la cifra se multiplica hasta llegar a los ochocientos millones, desmintiendo así los magníficos datos de crecimiento económico que presenta el gobierno.

La situación de la mujer en la India depende en gran medida del estrato social al que pertenezca. En las capas más alta las mujeres gozan de los mismos derechos que los hombres y son tratadas con respeto, pero no sucede lo mismo en las más bajas donde son maltratadas y discriminadas.

La realidad es que un embarazo que porte una niña supone un problema para cualquier familia sin recursos y tratan de librarse de cualquier manera del feto. Las clínicas de

maternidad han recibido orden del gobierno de prohibir las ecografías que determinan el sexo del bebe, debido a que si era niña el padre de familia obligaba a abortar a su esposa.

Los matrimonios concertados y la dote convenida en el trato marcan la vida de la mayoría de las mujeres hindús y sus familias. La dote no sólo se exige en la boda, en cualquier otro momento la familia del novio puede pedir más dinero si le hiciera falta, hipotecando a la familia de la novia de por vida. Si esta se niega lo más probable es que su hija acabe quemada por un incendio en la cocina de su casa y entonces el marido puede buscar una nueva fuente de ingresos para su familia.

Cada vez que comenzaba una conversación con un hindú, este siempre me repetía que la India es un gran país, pero a mí me ha parecido más grande por la dimensión geográfica que tiene que por su contenido. La forma en la que he viajado me ha permitido conocer la sociedad del país asiático al mismo tiempo que lo disfrutada pero alejada de la mirada del turismo fugaz, ese en el que en apenas dos semanas te deja ver tan sólo lo bonito.

La India me la he comido con las manos, la he pateado, he conducido por sus carreteras y viajado en sus trenes. La he bebido y fumado en templos acompañado por Brahmans o Harijans, sin saber cuál era su casta. La India me ha enseñado a no tener miedo a ofrecer mi ayuda a desconocidos sin esperar nada a cambio y a comprender que significa la hospitalidad.

Ahora que han pasado unos meses y es hora de hacer balance he entendido que cuando una persona viaja a otro país tiene que plantearse que es más importante lo que tú puedes aportar que lo que el viaje puede ofrecerte a ti.

## 5. BIBLIOGRAFÍA

“LA INDIA DEL SIGLO XXI A DEBATE” Una mirada a los DD.HH., el Género y el Desarrollo. B&N Def Libro La india del S.XXI a debate 2009 DFGdefinitivo. ONG Calcuta Ondoan, Guipúzcoa 1.999.



## 6. ANEXO

### 6.1. Anexo I: Ciudades donde he pernoctado

- Estado de Maharashtra:
  - o Bombay, Neral, Matheran Mahabaleshwar, Panchgani, Pune, Satara, Kholapur, Hyderabad.
  
- Estado de Orissa:
  - o Bhubaneswar, Puri, Chandipur, Balasore
  
- Estado de Bengala Occidental:
  - o Calcuta, Siliguri, Darjeeling, Koch Bihar, Jalpaiguri.
  
- Estado de Assam:
  - o Guwahati, Roha, Tezpur, Nalbari, Bongaigaon.
  
- Estado de Bihar:
  - o Kishanganj, Bhagalpur, Bodh Gaya, Patna, Siwan.
  
- Uttar Pradesh:

- Gorakhpur, Faizabad, Bahraich, Lakhimpur, Pilibhit, Haldawani, Alhora, Bageshwar, Karnaprayag, Haridwar.
  
- Delhi (territorio de la capital nacional):
  - Nueva Delhi

